

## TARTESSOS Y EL ORIENTALIZANTE PENINSULAR

Carlos G. Wagner

Tartessos ha sido, y aún hoy lo es en gran medida, el tema estelar en la investigación de nuestro pasado protohistórico, allí donde la Historia comienza a perder sus contornos para mezclarse con el mito y la leyenda. Para la mayoría de la gente Tartessos es evocación de una civilización antiquísima, anterior a la romana y coetánea de la fenicia y la griega, de un reino floreciente que tuvo su sede en el sur de la Península muchos siglos antes de nuestra era. Esta venerable antigüedad confiere sus peculiares rasgos a Tartessos lo que, unido a la fama de sus riquezas, codiciadas desde muy pronto por los audaces navegantes fenicios y luego por los griegos, así como al desconocimiento arqueológico que en gran medida aún subsiste, ha servido y sirve para alimentar todo tipo de fabulaciones.

Los textos de los autores antiguos han conservado parte del recuerdo de lo que fue Tartessos, de como lo conocieron aquellos que lo visitaron, y de la imagen que tenían quienes habían oído hablar de su existencia. Recuerdo que, pese a todo, no es siempre fácil de establecer debido a la peculiaridad de las noticias conservadas. Poseemos también los objetos y monumentos encontrados en distintos lugares del sur de la Península por varias generaciones de arqueólogos. Aún así, se mantienen bastantes incógnitas, entre otras cosas porque ninguno de estos lugares ha podido ser excavado totalmente.



### Tarsis y Tartessos.

Durante mucho tiempo se ha defendido la identificación del Tarsis bíblico con el Tartessos peninsular por medio de argumentos filológicos históricos o geográficos. En la Biblia la palabra Tarsis es empleada con significados diversos. Unas veces es un topónimo, como en el Libro segundo de los Salmos (72, 10), en Jeremías (10,9 en el oráculo contra Tiro de Isaías (23, 6) y en el de Ezequiel (27, 12). En Isaías (66, 19) podemos igualmente leer:

*“Yo les daré una señal, y mandaré sobrevivientes de ellos a Tarsis, a las naciones de Put, de Lud, de Mosoc, de Ros, de Tubal y de Yaván, de las islas lejanas que no han oído nunca mi nombre y no han visto mi gloria...”,* y en Jonás (1,3): *“Pero Jonás se levantó para huir de la presencia de Yavé a Tarsis, y bajó a Jope, donde halló un navío que se dirigía a Tarsis. Pagado el pasaje del mismo, embarcó en el para marchar con ellos a Tarsis, lejos de la presencia de Yavé”.*

La mención a las "naves de Tarsis" como un tipo específico de embarcación se repite otras tantas ocasiones, como en el texto del primer libro de Reyes (10, 21-22) sobre las riquezas del reinado de Salomón:

*“No había nada de plata, no se hacía caso alguno de esta en tiempos de Salomón, porque el rey tenía en el mar naves de Tarsis con las de Hiram, y cada tres años llegaban las naves de Tarsis trayendo oro, plata, marfil, monos y pavos reales”,*

o sobre los barcos construidos un siglo después por Josafat (22, 49) para ir a Ofir.

También en el mencionado oráculo de Isaías sobre Tiro (23, 1). En otra ocasión leemos en el mismo Isaías con ocasión de la ira de Yavé (2, 15-16):

*“... contra toda encumbrada torre, contra toda muralla fortificada, contra todas las naves de Tarsis y contra los navíos de mercancías preciosas”.*

Otras veces Tarsis aparece como un antropónimo, así en Génesis (10, 2-4) o en Crónicas, al enumerar los descendientes de Benjamín (I, 7, 10):

*“Hijo de Jedial: Bilhán. Hijos de Bilhán: Jehús, Benjamín, Ehud, Quenana, Zetán, Tarsis y Ajisar”.*

y no faltan tampoco menciones con el significado de una desconocida piedra preciosa (*Exodo, 28, 20, Ezequiel, 1, 16, Daniel, 10, 6, entre otras*).

Parece que Tarsis pudiera encontrarse en algún lejano lugar del Mediterráneo, aunque no faltan los partidarios de una localización oriental -en el Mar Rojo o incluso la India- o que esta palabra se utilizara para denominar de una forma abstracta, debido a los limitados conocimientos geográficos de los hebreos, una realidad geográfica ambigua, el lejano extremo occidente, según piensan otros. No obstante, la identificación con Tartessos, que también tiene partidarios recientes, resulta en términos filológicos problemática. Pero aún admitiéndola, las noticias sobre Tarsis en la Biblia bien poco podrían añadir al conocimiento que tenemos de Tartessos por los textos de los autores griegos y romanos, y por los descubrimientos arqueológicos. Son de interés, sobre todo, para las más antiguas navegaciones fenicias hacia Occidente.

### **Los textos de la Antigüedad clásica.**

Del conjunto de noticias que en la Antigüedad circularon sobre Tartessos debemos separar las de carácter mítico y legendario de las de índole histórica o geográfica. Las primeras, que incluyen el mito de Gerión y algunas alusiones a las hazañas en Occidente de héroes como Perseo, Heracles, Sarpedón, o los Argonautas, son el resultado del desplazamiento de muchos de los paisajes míticos griegos desde sus localizaciones originarias, empujados por la ampliación de los conocimientos geográficos que ocasionó la expansión colonial helénica. El mito de Gerión, que a finales del siglo VII a. C. el poeta Etesícoro de Himera sitúa por primera vez en Tartessos, había tenido previamente una localización oriental, como casi todos los mitos que se sitúan en algún lugar del Occidente o junto al Océano, que por aquel entonces constituía los confines del mundo conocido. Mucho después Pausanias (X, 17, 5) atribuirá a un nieto de Gerión llamado Norax la fundación de la ciudad de Nora en Cerdeña, de donde procede precisamente una estela con inscripción fenicia fechable en el siglo IX a. C., en la que algunos investigadores leen la palabra Tarsis.

El propio testimonio de Etesícoro nos ha sido transmitido en época de Augusto por el geógrafo Estrabón (3, 2, 11):

*“Parece ser que en tiempos anteriores llamóse al Betis Tartessos, y a Gades y sus islas vecinas Eriteia. Así se explica que Etesícoro, hablando del pastor Gerión, dijese que había nacido enfrente de la ilustre Eriteia, junto a las fuentes inmensas de Tartessos, de raíces argénteas, en un escondrijo de la peña”.*

Más adelante hace el siguiente comentario:

*“Y como el río tiene dos desembocaduras, dicese también que la ciudad de Tartessos, homónima del río, estuvo edificada antiguamente en la tierra colocada entre ambas, siendo llamada esta región Tartésida, que ahora habitan los túrdulos. Eratóstenes acostumbraba a llamar Tartésida a la región cercana a Calpe, y a Eriteia "isla afortunada". Más Artemidoro, opinando en contra afirma que ello es falso”.*

El mismo Estrabón (3,5,4) recoge la idea de que había sido la riqueza en pastos y ganados de la zona la que había dado lugar a la localización del mito. En el aspecto triforme de Gerión, personaje gigantesco de tres cuerpos o tres cabezas, se ha querido ver una alusión a la presencia celta en la Península y en el mismo Tartessos, y también se ha interpretado como la existencia de caracteres sobrenaturales propios de los reyes primigenios o la naturaleza de un poderoso guerrero.

Otro mito, no menos controvertido, ha sido preservado por un único autor de época tardía, el epitomista Justino (44, 4) en el resumen que hizo de la obra de Trogo Pompeyo, historiador de tiempos de Augusto. Según su relato, los tartesios y los curetes habitaban los bosques, siendo uno de sus primeros reyes Gágoris, que descubrió el aprovechamiento de la miel. Este monarca tuvo un hijo fruto de unas relaciones incestuosas por lo que fue abandonado en el monte, en donde sin embargo fue amamantado por las fieras. Arrojado al mar, las olas lo devolvieron a la orilla y una cierva lo crió entre sus cervatillos, adquiriendo su agilidad y costumbres. Capturado finalmente por unos cazadores se convirtió, tras ser reconocido por su padre y llamado Habis, en un rey sabio que dio leyes a su pueblo, en las que prohibía trabajar a los nobles, y les enseñó a cultivar la tierra con bueyes uncidos al arado:

*“...Se le impuso el nombre de Habis y, cuando recibió el reino, fue de una grandeza tal que no en vano parecía salvado de tantos peligros por majestad de los dioses, ya que unió a aquel pueblo bárbaro con leyes y fue el primero que enseñó a domar los bueyes con el arado y a buscar el trigo en el surco...prohibió los trabajos serviles y dividió la plebe en siete ciudades. Al morir Habis el reino fue retenido durante muchos siglos por sus sucesores. En otra parte de Hispania constituida por islas, el reino estuvo en manos de Gerión”.*

Este mito, que presenta al personaje de rey civilizador o héroe cultural, frecuente en otros relatos similares, ha atraído el interés de muchos estudiosos. La mayoría, desde Caro Baroja, admite su autenticidad, atribuyéndole un origen autóctono, mientras que una minoría duda de ella y cree que es una creación del periodo helenístico, sin que poseamos pruebas definitivas a favor de una u otra opción. El mito, en cualquier caso describe el origen de una realeza muy antigua y el paso de una civilización muy simple a otra más compleja.

Igual de problemático resulta el testimonio de Avieno, poeta tardío, que en su composición erudita *Ora marítima*, realiza una descripción de las costas peninsulares. Aunque el autor afirma haber utilizado para su redacción fuentes muy antiguas, y entre ellas "los oscuros anales de los púnicos", lo cierto es que no sabemos nada seguro al respecto. Algunos investigadores piensan que utilizó fundamentalmente datos obtenidos de un periplo griego massaliota, mientras que otros creen que se basó en un itinerario púnico de, al menos, el siglo VI a. C., debido a que el nombre de Ampurias no aparece y a que mucha de la onomástica que utiliza es tan antigua que no se encuentra en textos posteriores. En su poema Avieno (265-295) recoge que Tartessos es una ciudad situada en el golfo del mismo nombre a la que confunde con Gadir (Cádiz):



*“Aquí se extienden en su amplitud las costas del golfo tartésio;...Aquí está la ciudad de Gadir, pues la lengua púnica llamaba gadir a un lugar cerrado. Fue llamada, antes, Tartessos, ciudad grande y opulenta en tiempos antiguos; ahora es pobre, ahora pequeña, ahora abandonada, ahora un montón de ruinas. Nosotros en estos lugares no vimos nada digno de admirar, excepto el culto a Hércules...El río Tartessos, deslizándose por campos abiertos desde el Lago Ligustino, ciñe la isla por ambos lados con su corriente. Y no corre por un sólo lecho, ni surca el sólo la tierra subyacente, pues, por el lado por donde nace la luz de la aurora, proyecta tres brazos sobre los*

*campos; dos veces, con dos desembocaduras, baña también las zonas meridionales de la ciudad. Pero, encima de la marisma, se proyecta el monte Argentario, llamado así por los antiguos debido a su aspecto, pues resplandece en sus vertientes por la gran cantidad de estaño, y despidiendo más luz todavía hacia los aires, en la lejanía, cuando el sol ha herido sus excelsas cimas con rayos de fuego. El mismo río, a su vez, hace rodar, con sus aguas, limaduras de pesado estaño y arrastra el valioso metal junto a sus murallas... Como hemos dicho más arriba, el mar de en medio separa la ciudadela de Geronte y el cabo de un templo, y, entre rocas escarpadas se forma una bahía. Junto al segundo cabo desemboca un ancho río. Al fondo se proyecta el monte de los tartesios, de sombríos boscajes. Aquí se halla la isla Eritía, de extensos campos, y, en otro tiempo bajo el dominio púnico, pues unos colonos de Cartago fueron los primeros en ocuparla. Y Eritía está separada del continente por un brazo de mar a cinco estadios sólo de la ciudadela."*

En su poema Avieno proporciona otras informaciones. El golfo, en la que se alza Tartessos, estaría situado más allá del estrecho tartesio (53-54). La duración de un viaje por mar desde Tartessos hasta el cabo Aruio -en la desembocadura del Duero- era de cinco días (162-164), mientras que desde la región en que se alza el cabo de Ofiusa - estuario del Tajo- el camino por tierra apenas se podía cubrir en cuatro (177-181). Así mismo, desde Tartessos hasta el Anas (Guadiana) había una jornada de navegación (265-267), y por tierra un viaje de cinco días hasta Malaka, en donde los tartesios poseían una isla consagrada a Noctiluca (181-182, 428-430). Las gentes de Tartessos comerciaban desde antiguo con las Oestrimnidas (113-114) y el límite de sus territorios alcanzaba la región habitada por los masienos (463-464). Esto último aparece refrendado en el texto del segundo tratado romano/cartaginés del 438 a. C, conservado por Polibio (III, 24) en el que se hace mención expresa de Mastia de Tartessos, localidad que comúnmente se sitúa en las proximidades de Cartagena.

La confusión de Tartessos con Gadir también se produce en otros autores de época romana como Plinio el Viejo (4, 120), Cicerón, Valerio Máximo, Silio Itálico y Arriano. No obstante, cuando Estrabón habla de Gadir no alude a Tartessos, si bien reconoce al río de este nombre en el Betis (Guadalquivir). Antes que él, Éforo, geógrafo griego del siglo IV a. C. que extracta textos más antiguos, señala que dos días de navegación separan a Tartessos de Gadir. En esta noticia, conservada en Escimno de Quíos (164-166), se llama a Tartessos:

*"...ciudad ilustre, que trae el estaño arrastrado por el río desde la Céltica, así como oro y cobre en mayor abundancia"*.

No está claro como se produjo la confusión entre Gadir, la antigua ciudad fenicia, y Tartessos. Lo cierto es que el Estrecho de Gibraltar, donde se ubicaban las Columnas de Heracles, es llamado "gaderita" en los textos más antiguos, denominándolo "tartesio" los más recientes. La confusión Tartessos/Gadir podría proceder del periodo helenístico, pues es entonces cuando comienza a emplearse el calificativo de "tartesio" para referirse al sur de la Península Ibérica. Algunos investigadores consideran que pudieron haber existido originalmente dos "gadir" o fortificaciones fenicias y que una bien pudo haber estado próxima a Tartessos, mientras que otros consideran que fue su fama como la más floreciente ciudad en Tartessos la que, tras la desaparición de este emporio, llevaría a la equiparación entre ambas. En alguna otra ocasión se menciona en los textos antiguos la existencia de una ciudad, como ocurre con algunas noticias de Hecateo recogidas mucho después por Esteban de Bizancio (*FGrH*, I, 38).

De todos los textos que la Antigüedad nos ha conservado sobre Tartessos son de particular interés los que debemos a Herodoto. El historiador de Halicarnaso menciona en dos ocasiones las relaciones de los griegos con Tartessos, al que llama *emporion akératon* (en el sentido de lugar de intercambio "intacto" o "protegido") y se refiere también a su rey Argantonio que gobernaba "a la manera de un tirano". En relación a la aventura de Kolaio de Samos en la época de la fundación de Cirene dice lo siguiente (4, 152):

*"Acto seguido los samios partieron de la isla y se hicieron a la mar ansiosos de llegar a Egipto, pero se vieron desviados de su ruta por causa del viento de Levante, Y como el aire no amainó, cruzaron las Columnas de Heracles y, bajo el amparo divino, llegaron a Tartessos. Por aquel entonces ese emporio comercial estaba sin explotar, de*



El llamado "bronce Carriazo"

*manera que a su regreso a la patria, los samios con el producto de su flete, obtuvieron, que nosotros sepamos con certeza muchos más beneficios que cualquier otro griego...Los samios apartaron el diezmo de sus ganancias -seis talentos- y mandaron hacer una vasija de bronce, del tipo de las cráteras argólicas, alrededor de la cual hay unas cabezas de grifos en relieve. Esa vasija la consagraron en el santuario de Hera sobre un pedestal de tres colosos de bronce de siete codos, hincados de hinojos".*

Por otra parte, al hablar de los viajes de los focenses hacia Occidente Herodoto cuenta (1, 163) que:

*"Los habitantes de Focea fueron los primeros griegos que realizaron largos viajes por mar y son ellos quienes descubrieron el Adriático, Tirrenia, Iberia y Tartessos. No navegaban en naves mercantes sino en pentecónteras. Y al llegar a Tartessos hicieron gran amistad con el rey de los tartesios, cuyo nombre era Argantonio, que (como un tirano) gobernó Tartessos durante ochenta años y vivió un total de ciento veinte. Pues bien los focenses se hicieron tan amigos de este hombre que, primero los animó a abandonar Jonia y a establecerse en la zona de sus dominios que prefiriesen, y, luego, al no poder persuadirles sobre el caso, cuando se enteró por ellos de como progresaba el medo, les dio dinero para rodear su ciudad con un muro. Y se lo dio en abundancia, pues el perímetro de la muralla mide, en efecto, no pocos estadios y toda ella es de bloques de piedra grandes y bien ensamblados".*

La longevidad de Argantonio, que lo convierte en un personaje de leyenda, era celebrada por otros autores de la Antigüedad, como el poeta Anacreonte, Plinio, (7, 154), Cicerón, Valerio Máximo, Luciano de Samosata y Apiano, recogen la misma noticia, que los investigadores modernos han interpretado frecuentemente como la duración de una dinastía.

### La investigación moderna.

Lo que los autores antiguos escribieron sobre Tartessos nos permite situarla en el sur de la Península Ibérica. Heródoto aún precisa más al afirmar que se encontraba más allá de las Columnas de Heracles (Estrecho de Gibraltar) y distinguirla de Iberia, que para los griegos representaba el litoral mediterráneo, en el que se encontraba la colonia focea de Emporion. Éforo afirma incluso que se hallaba a dos días de navegación de la Gadir fenicia. Otras fuentes posteriores confunden ambas o asocian Tartessos al Estrecho y al Guadalquivir (Betis). La conclusión que se puede obtener es que Tartessos era en un principio el nombre de un lugar en la costa atlántica para, posteriormente, abarcar un territorio más amplio que, a grandes rasgos, llegaría a comprender todo el sur peninsular. Pero ¿qué era Tartessos?. La lectura de las fuentes induce a pensar en un reino floreciente, con una capital amurallada situada en la múltiple desembocadura de un río que arrastra estaño entre sus aguas y nace en una montaña rica en mineral de plata. Un lago se encuentra próximo.



Durante mucho tiempo, y desde la famosa obra de Schulten, que fue el primero en situar Tartessos en un lugar concreto del sur de la Península, los arqueólogos buscaron una ciudad en distintas ubicaciones -Isla del Saltés (Huelva), marismas y Hasta Regia (Sevilla), Coto de Doñana, Mesa de Astas (Cádiz)- sin que el éxito les sonriera. A finales de los años sesenta esta etapa de la investigación se percibía agotada, por lo que a partir de entonces se sentaron las bases para, renunciando por el momento a la localización y excavación de la ciudad de Tartessos, llegar a definir arqueológicamente la cultura tartésica, precisamente cuando los hallazgos fenicios comenzaban a producirse a un ritmo acelerado. De esta forma, se prodigaron los sondeos y cortes estratigráficos a fin de obtener secuencias cronológicas más seguras y se realizaron algunas excavaciones que despertaron gran interés debido a las expectativas que suscitaron, como el Carambolo en Sevilla, asociado al famoso tesoro, o a los resultados obtenidos, caso de La Joya en la ciudad de Huelva. El contexto

arqueológico "orientalizante" así definido estaba formado por diversos tipos de objetos -cerámicas, bronce, joyas, marfiles- encontrados unos en las nuevas excavaciones realizadas, reestudiados otros que ya eran conocidos de excavaciones antiguas, o fruto del hallazgo más o menos casual los terceros.

Desde esta perspectiva Tartessos y su cultura aparecían cada vez más vinculados a la colonización fenicia en la Península, cuyas pruebas arqueológicas se multiplicaban con el descubrimiento de numerosos asentamientos en las costas mediterráneas, y cuya presencia apenas se había llegado a sospechar años atrás. De esta forma, del floreciente reino filohelénico que había imaginado Schulten y algunos investigadores posteriores, se pasó a concebir Tartessos como resultado de una fuerte influencia cultural de origen fenicio sobre las poblaciones del sur peninsular. Prácticamente todo lo que significara algún progreso respecto a los períodos anteriores de la Edad del Bronce -el torno, la escritura, la metalurgia del hierro, la vida en ciudades, la vid y el olivo, las artesanías - habría sido traído por los fenicios desde el otro extremo del Mediterráneo. Tal interpretación acabó por suscitar dos tipos distintos de reacciones. Por un lado, algunos investigadores intentaron resucitar la vieja idea de un protagonismo griego en la formación de Tartessos, en detrimento, claro está, del elemento fenicio. Otros, por el contrario, comenzaron a minimizar, sin negarlas, las aportaciones externas, buscando las razones de la aparición de Tartessos en la propia dinámica local de las poblaciones de finales de la Edad del Bronce, tarea nada sencilla ante la escasez, en muchos casos, de información arqueológica sobre los momentos más antiguos.

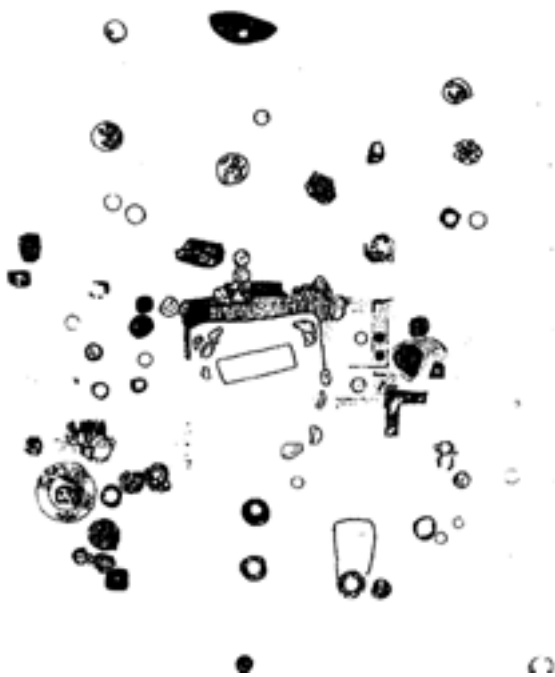
### **El Bronce Final del S. O.**

Los vestigios de los asentamientos más antiguos ocupados por las gentes de lo que los griegos llamaron Tartessos en el sur de la Península se remontan a finales de la Edad del Bronce. Se trata de poblados más que de villas o ciudades, ya que se hallan compuestos por cabañas de planta oval o circular, excavadas en el suelo a poca profundidad, con paredes y techumbres construidas con entramado vegetal cubierto de barro, y dispuestas sin una organización clara del espacio, y sin una distinción de áreas por actividades, al menos en lo que las excavaciones dejan conocer. Algunos de estos poblados son muy antiguos y, como Setefilla (Lora del Río, Sevilla), Carmona (Los Alcores, Sevilla), Montemolín (Marchena, Sevilla) El Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz) o el Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba) y Colina de los Quemados (Córdoba), se sitúan en lugares estratégicos que dominan los caminos y los recursos agrícolas de la zona, remontándose a mediados de la Edad del Bronce o a comienzos del Bronce Final. Otros, sin embargo, surgen en un momento posterior, hacia la mitad del siglo IX a. C., como los que ocupan los cabezos de Huelva, el Carambolo, Cerro Macareno, y Valencina de la Concepción, los tres en la provincia de Sevilla.

Algo después, desde comienzos del siglo VIII a. C, surgen otros asentamientos más directamente relacionados con los trabajos mineros y metalúrgicos. Algunos están situados en la ruta que conducía desde las minas de Huelva (Río Tinto, Aznalcóllar) al Bajo Guadalquivir, como San Bartolomé de Almonte o Tejada la Vieja (Escacena, Huelva). Otros junto a las minas de Río Tinto, como Cerro Salomón o Quebrantahuesos. También aparecen poblados con otras localizaciones, junto a la Gadir fenicia, como Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) y en lugares más alejados y estratégicos de cara al acceso de territorios muy al interior, como Medellín (Badajoz). Al mismo tiempo que surgen estos nuevos poblados,

aumenta el tamaño de los anteriores, y la forma en que todos se disponen sugiere una organización territorial jerarquizada, en los que los centros más recientes y pequeños se sitúan en torno a los más antiguos, algunos de los cuales, como Carmona, se dotan de poderosas murallas. Características de todos ellos son las cerámicas, cuencos, urnas y vasos, con decoración bruñida o, en menor medida, pintada geométrica.

Desgraciadamente no se conocen las necrópolis de esta época que correspondan a todos estos lugares, por lo que se nos escapa una gran parte de valiosa información arqueológica. La única necrópolis (Las Cumbres, Puerto de Santa María, Cádiz) que conocemos pertenece a finales de este periodo y comienzos del siguiente. Presenta enterramientos de incineración en urna bajo túmulo que aprovechan las oquedades



Planta del túmulo 1 de "Las Cumbres" según Diego Ruiz Mata

de suelo, se depositan directamente sobre la roca o en un pequeño hoyo practicado en el mismo. El túmulo 1, el único excavado hasta el momento, se extiende sobre una superficie circular de unos 500 m<sup>2</sup>, alcanzando, con una sección troncocónica, una altura máxima de 1,80 m en su parte central más alta. Alberga un total de 62 incineraciones y se estima que estuvo en uso entre ochenta y noventa años antes de ser definitivamente clausurado a finales del siglo VIII a. C. El centro estaba ocupado por el *ustrinum*, disponiéndose los enterramientos en torno suyo. Los ajuares más ricos, que incluían objetos metálicos, como broches de cinturón de un sólo garfio, fibulas de doble resorte y cuchillos de hierro afalcatados,

corresponden a las tumbas más cercanas a éste, mientras que según nos alejamos del centro las tumbas presentan ajuares

más pobres e incluso ausencia total de éstos. En algún momento se asocia al túmulo principal, en su lado S.O., una estructura tumular mucho más pequeña, un túmulo secundario cuyo centro lo ocupa una incineración rodeada de un muro circular de mampostería y que descansa sobre un suelo artificial de arena de playa. Este enterramiento destaca por su posición, su estructura más elaborada y su mayor ajuar de las trece restantes incineraciones del túmulo secundario que contienen, sin embargo, ajuares de cierta riqueza. Estas estructuras funerarias parecen responder a una sociedad de linajes en la que cada túmulo serviría de necrópolis a uno de tales grupos de parentesco.

Curiosamente los objetos que componen el resto del registro arqueológico de este periodo se encuentran descontextualizados o su contexto es muy difícil de establecer.

Las estelas decoradas del SO, unos monumentos toscos que han aparecido en mayor número en regiones periféricas al Bajo Guadalquivir, considerado la zona nuclear

tartésica, han sido interpretadas de muy diversas maneras, dada su descontextualización arqueológica que, por otra parte, puede muy bien responder a un hecho originario. Se las ha clasificado según criterios tipológicos e iconográficos en un orden cronológico en el que las más antiguas serían las más sencillas, que aún no contienen representación alguna de la figura humana y se limitan a reproducir de una manera esquemática una panoplia formada por escudo, lanza y espada, mientras que las más recientes serían las “diademadas” con representación de la figura femenina, ocupando un momento entre ambas un tercer grupo en el que a la panoplia se añade la figura humana acompañada de otros objetos de “prestigio” como espejos de bronce, lirras, peines de marfil o carros. Su adscripción al mundo funerario, aunque antigua, no resulta clara y los recientes análisis multivariantes realizados han mostrado la inexistencia de un patrón iconográfico establecido, lo que sugiere una ausencia de definición del prestigio que señala la falta de cohesión de las elites a las que supuestamente representan o incluso la inexistencia de tales elites al corresponder las estelas a un sistema de representación de rangos en una sociedad guerrera con ausencia de lazo directo entre poder y riqueza.



Las diferencias que se observan entre las estelas extremeñas y las andaluzas son de índole cronológica, resultando más recientes las segundas, contemporáneas quizás de las primeras importaciones fenicias, y también de composición. Iconográficamente las estelas del Guadalquivir, menores en número, son más complejas por lo que denotarían unas relaciones sociales en las que los mecanismos de interacción social se encontrarían más desarrollados con intercambios frecuentes y proliferación de bienes de prestigio. Con todo, también han aparecido algunas estelas en lugares muy alejados de su área de difusión que coincide con el sur de Extremadura (valles del Tajo y Gadiana) y Andalucía occidental (Bajo Guadalquivir).

Las estelas decoradas del S.O. peninsular han sido interpretadas como prueba de la existencia de una aristocracia guerrera interesada en el comercio con los fenicios. Hay quien las desvincula del contexto funerario a las que generalmente se las adscribe, considerándolas señales en el territorio, indicadores de rutas ganaderas y comerciales, transmitiendo, mediante un lenguaje iconográfico y simbólico complejo, ideas de posesión territorial a la vez que expresarían relaciones sociales vinculadas a grupos elitistas que se estarían consolidando en una zona periférica de Tartessos. Recientemente se las ha considerado testimonio de la existencia de una práctica económica centrada en la caza del hombre, a partir de la reinterpretación de los ejemplares de Ategua y Zarza Capilla III, una actividad destinada a proporcionar fuerza de trabajo servil al proceso de extracción minera controlado por los fenicios, que se apoyaría también, en lo que su autor considera una hipótesis pesimista frente al quizá excesivo optimismo con que la investigación aborda las relaciones sociales y

políticas en el contexto colonial, en la necesidad de trabajo masivo que se detecta en una explotación a gran escala de las minas durante el periodo orientalizante, así como



Estela de Abodaba

en el propio hecho de que la aparición de monumentos con armas y cuerpos estaría denotando un cambio en el que aquellas, que ya no se limitarían a ser simples bienes de prestigio, y éstos encuentran un nuevo sentido económico que antes no tenían.

Un grupo de estelas, las más recientes, se caracterizan por representar la figura humana junto con vestigios de lo que se considera escritura tartésica. Otras en las que aparece la típica panoplia junto con muestras de escritura han podido ser objeto de una reutilización, aunque no es seguro.

Los hallazgos de depósitos de armas y otros utensilios de bronce, como el famoso de la Ría de Huelva, encontrado en 1923 al dragar el puerto, corresponden también a este periodo. Aparte de algunas espadas aisladas descubiertas en grietas de las rocas, los conjuntos de armas suelen aparecer bajo las aguas de un vado de un río, en un lugar de confluencia entre un río y su afluente, o

en una zona de estuario. Estos depósitos de objetos metálicos, muchos de ellos de tipología atlántica, se han considerado testimonios de un comercio interregional de objetos de bronce, abastecido muchas veces, como muestran los datos de la Ría de Huelva o del taller metalúrgico de la Peña Negra (Crevillente, Alicante) por medio de “chatarra”, un rasgo que suele ser propio de contextos poco especializados. Llama la atención la ausencia en todos estos depósitos de útiles o herramientas, mientras que proliferan las armas, así como su localización en desembocaduras y vados de ríos u otros “lugares de paso”, puntos de cruce, intersecciones de vías de comunicación que unen unas regiones con otras, lo que ha sido interpretado en conexión a un mundo funerario que no habría dejado otros vestigios de las prácticas mortuorias, o como ofrendas votivas que serían la expresión pública de los derechos sobre un punto estratégico para el acceso o la circulación en un territorio, en relación con el control de los intercambios a larga distancia convertidos en una fuente de poder. También se ha sugerido una importante participación fenicia en todo este comercio de objetos atlánticos de bronce.

Los hallazgos de tesoros muestran la existencia de una orfebrería de oro realizada con técnicas simples en la que se fabrican torques macizos y brazaletes que por su tamaño se han considerado joyas femeninas. Al igual que los depósitos de armas han aparecido descontextualizados, formando conjuntos que se suponen “votivos” en zonas periféricas a Tartessos, como el sur de Portugal y Extremadura, y asociados a vados e importantes vías de paso. Se trata de objetos de prestigio, definitorios del papel de la mujer en unas comunidades en las que el prestigio social procede no tanto de la riqueza cuanto de las interacciones sociales y políticas (alianzas,

matrimonios) que eran capaces de realizar. De acuerdo con los datos disponibles, armas y joyas han podido ser elaborados localmente, lo que normalmente se interpreta como prueba de la existencia de artesanos especializados trabajando para las elites. No obstante, especialidad no implica especialización, esto es: la práctica exclusiva, mediante una unidad de producción autónoma, de una actividad no vital que incluye la transferencia continua de subsistencia hacia esta unidad especializada. No es necesaria la apropiación del excedente ni la existencia de elites para que se de un trabajo especializado.

### El período orientalizante.

A partir del 775 a. C. una serie de cambios observables en el registro arqueológico permiten hablar de la transición hacia un periodo "orientalizante" en consonancia con la difusión por el Mediterráneo de objetos y modas de procedencia oriental protagonizada primero por los fenicios y más tarde también por los griegos. Será entre el 700 y el 550 a. C cuando este orientalizante en el sur peninsular produzca sus manifestaciones más notorias. Las cerámicas fenicias y otras importaciones comienzan a hacer su aparición en los poblados tartésicos y en las necrópolis de esta época. Algunas, como los peines de marfil, los espejos de bronce, las fibulas o los carros, son el equivalente, en piezas de ajuar funerario, de las anteriores representaciones de objetos similares en las estelas. Otras, como los jarros, páteras y estatuillas de bronce, las cajas o arquetas de marfil, las joyas de oro y plata, los objetos de vidrio tallado, los cuchillos de hierro con empuñadura de marfil, o los recipientes de cerámica o alabastro para perfumes, esencias, bálsamos y cosméticos aparecen ahora por primera vez y se concentran, con los anteriores, en algunas tumbas que por su tamaño y contenido alcanzarán a lo largo del siglo VII a. C. un carácter principesco. Junto a estas importaciones "de lujo" encontramos también en los poblados tartésicos otras más "comunes", y que sin duda obedecen también a la presencia de los fenicios, como son las ánforas que debían contener vino y aceite, así como telas, collares y otros abalorios, cuentas de vidrio, amuletos de estilo egipzianizante, etc.



Vaso a "chardón"



Urna pintada geométrica

Los cambios observables en el registro arqueológico durante este periodo no se reducen sólo a la aparición de objetos y artefactos traídos por los fenicios. En los mismos poblados se pueden constatar modificaciones importantes en la técnica de construcción de las casas, ahora de planta cuadrada o rectangular, con muros enlucidos de mampuestos y tapial que se alzan sobre cimientos y zócalos de piedra. En ocasiones el suelo aparece cubierto con un pavimento de guijarros formando mosaicos. Desconocemos, debido a las pequeñas superficies excavadas, si estos cambios se corresponden a una nueva distribución del espacio en los asentamientos según una especialización de tareas y funciones, aunque en algunos lugares como Tejada la Vieja y la propia Huelva parece que así es. En otros, en cambio, como en Cerro Salomón, los vestigios de las actividades minero-metalúrgicas -martillos de granito, yunques de piedra, escorias, crisoles y toberas- se localizan en el interior mismo de las viviendas,

sin que se aprecie una diferenciación funcional por zonas en el área del poblado. Algunos de estos poblados, en especial los que ocupan posiciones estratégicas de control del territorio, como la Mesa de Setefilla (Sevilla) o en las rutas que conducían desde los centros mineros a los puertos de la costa, como Tejada la Vieja (Huelva) se fortifican por aquel entonces. En esta última localidad se construyó durante el siglo VII a. C. una importante muralla de más de un kilómetro y medio de longitud, en forma de talud y reforzada por torres semicirculares. En algunas zonas de Sevilla y Córdoba los vestigios de nuevos habitats parecen guardar relación con una explotación agrícola de la campiña.

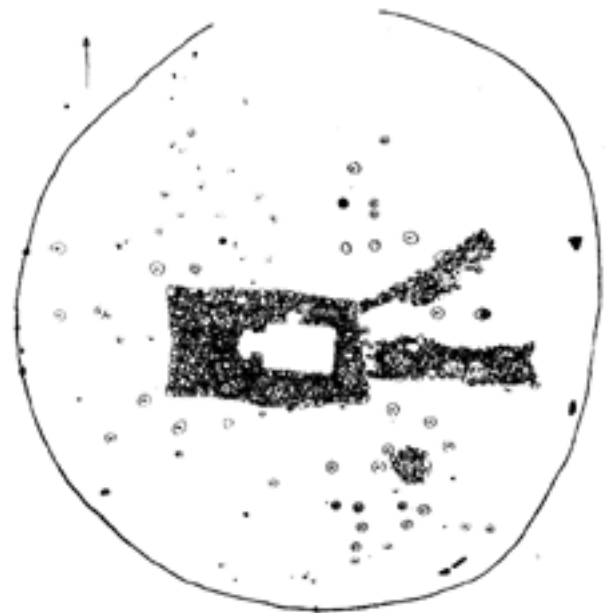
Bastante avanzado el periodo se construyeron edificios cuyo carácter ceremonial parece en muchos casos claro. En Cástulo (Linares, Jaén) un pequeño santuario del siglo VI, muy parecido a estructuras similares descubiertas en Chipre, estaba, según parece, relacionado de alguna forma con la actividad metalúrgica. En el yacimiento de Montemolín (marchena, Sevilla) las excavaciones han sacado a la luz la existencia de plantas de un conjunto de edificios que tienen su origen en Siria y Fenicia, con gran desarrollo en los siglos VIII-VII a. C, y que por el momento no han sido detectados en los asentamientos coloniales de las costas peninsulares. Un análisis minucioso del registro arqueológico y el estudio faunístico han permitido identificar uno de ellos como pieza clave de un centro sacrificial. Otros hallazgos recientes en Carmona, como el recinto ceremonial excavado en el solar de la casa-palacio del Marqués de Saltillo, sugiere, por la riqueza y profunda simbología de sus materiales, la presencia de una comunidad oriental afincada en el lugar. Intervenciones arqueológicas recientes en el Cerro de San Juan en Coria del Río (Sevilla) han sacado a la luz sectores de un santuario y viviendas adyacentes que formarían parte de un barrio fenicio ubicado en la *Caura* tartésica, por aquel entonces situada junto a la paleodesembocadura del Guadalquivir.

Así mismo, el palacio/santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Cáceres), presenta también en su construcción huellas de una evidente influencia oriental, pero difiere del santuario de Cástulo, o de aquel que suponemos existía en el Carambolo, en que no se encuentra próximo a ningún poblado de la época que conozcamos arqueológicamente, lo que hace más difícil su interpretación. Su fundación sobre una construcción ovalada, que se encontró en los niveles más bajos del yacimiento, siguiendo una pauta que conocemos en otros lugares, como Mesa de Setefilla o Montemolín, responde a un estímulo exterior que, sin embargo, no parece que haya sido protagonizado por gentes tartésicas, habida cuenta de la lentitud con que se incorporan las innovaciones arquitectónicas y urbanísticas en el mundo oriental y el escaso alcance de la aculturación religiosa, con una impregnación muy superficial, lo que sugiere, de nuevo, una presencia fenicia, que ya había sido sospechada por algunos investigadores dadas las características del edificio y sus materiales arqueológicos.

Las necrópolis, por su parte, se caracterizan por la diversidad, casi mezcolanza, de ritos y estructuras funerarias. Inhumación e incineración aparecen incluso dentro de la misma tumba y otras veces comparten el mismo recinto funerario, en tumbas de cámara cubiertas por un túmulo, en fosas alargadas y poco profundas, o en simples quedades practicadas en el suelo. Toda esta variedad puede estar reflejando simultáneamente la presencia de influencias externas, la coexistencia en un mismo lugar de poblaciones diversas y los cambios culturales y sociales que se produjeron durante este periodo. Algunas tumbas, como en la Joya (Huelva), el Acebuchal

(Sevilla) o Cástulo, contenían restos de un ajuar muy rico cuando fueron excavadas. En otras ocasiones la construcción de grandes estructuras funerarias -túmulo y cámara-, que albergaban también ricos ajuares, fue realizada sobre los restos de enterramientos anteriores mucho más modestos que resultaron destruidos, como en Setefilla, lo parece describir un proceso de enriquecimiento y encumbramiento social de ciertos grupos de la población.

En Setefilla, los túmulos A y H, fechados en el siglo VII a. C., contienen cámaras funerarias de piedra de planta cuadrangular que fueron levantadas sobre las necrópolis de incineración de base. De notables dimensiones -la del túmulo A mide 10 m de longitud por 5,50 m de anchura en forma de pirámide truncada que encierra una cámara interior de 3,50 por 2,20 m-, albergaban inhumaciones individuales o dobles (túmulo H) en fosa con un rico ajuar metálico -jarros, páteras y quemaperfumes de bronce- además de objetos de oro y marfil y cerámicas fenicias de importación (platos y cuencos de barniz rojo). La construcción de estas cámaras parece haber destruido parcialmente los enterramientos sobre los que se alzan. Se aprecia también una estrecha relación entre la disposición espacial de las tumbas dentro del túmulo y la riqueza de los ajuares que contienen. En el túmulo A, de 29 m de diámetro y con una altura que pudo alcanzar en su zona central los 3,50 m, las tumbas más ricas con objetos de plata, alabastrones, fibulas y broches de cinturón, además de cerámica fenicia importada, son las que se hallan más cerca del centro. En posición semiperiférica se encuentran aquellas que no contienen objetos de importación y con escasos elementos metálicos. En la periferia del túmulo aparecen las tumbas más pobres, que contienen por lo general una urna exclusivamente.



**Planta del túmulo A de Setefilla  
según M<sup>o</sup> Eugenia Aubet.**

El análisis de los restos de las incineraciones y de los ajuares permite sostener que estas últimas pertenecen, por lo común, salvo algún individuo adulto, a jóvenes y neonatos. Las tumbas en posición semiperiférica corresponden a enterramientos masculinos, femeninos e infantiles indistintamente, mientras las más cercanas al centro y de ajuares más ricos pertenecen a adultos jóvenes, con algún individuo de mayor edad, casi siempre varones. Esta disposición se repite en el interior del túmulo B, de dimensiones más pequeñas (16,70 m de diámetro y 1,30 de altura) y mejor conservado. Es algo más tardío y no tiene cámara funeraria central, aunque los ajuares son en general más ricos. Un rasgo significativo lo constituye la presencia de algunos enterramientos dobles, generalmente cerca del centro, que corresponden a adultos y niños. Casos excepcionales son la presencia de tumbas con ajuares ricos en la periferia del túmulo. En el túmulo A se ha documentado la de un adulto varón con un ajuar bastante rico formado por objetos y herramientas, toberas, lañas, etc, propias de un metalúrgico. En el túmulo B destaca por su posición periférica la sepultura relativamente rica de una niña de unos 6/8 años de edad.

Estos túmulos principescos, en los que se entierran uno o a lo sumo dos individuos, con sus joyas, marfiles y un carro de parada, contrastan con otros más antiguos sin cámara interior y de tipo colectivo, como los de la necrópolis de La Cumbres, que albergaban enterramientos más modestos en cista o en fosa, sin apenas diferencias de tamaño y de ajuar entre ellos, y con una disposición en grupos que sugiere su carácter familiar. Grandes tumbas sin cámara funeraria interior se han encontrado también en Alcantarilla y Cañada de Ruiz Sánchez (Carmona, Sevilla). En Acebuchal dos inhumaciones, al parecer una de ellas femenina, ocupaban una misma fosa de mampostería, cuyo ajuar metálico contenía objetos de plata (broche de cinturón, fibula), y de oro (perlas, tisús) además del común repertorio de objetos de bronce y cerámicas fenicias. Al margen de las diferencias en el tamaño, la forma y la altura de los túmulos, la presencia o no de cámaras funerarias y de los ricos ajuares, la cultura material tal y como se observa, por ejemplo, en las cerámicas, es la misma antes y en el momento de la construcción de las tumbas principescas, por lo que no se pueden achacar a un grupo foráneo y parecen corresponder, más bien, a la aparición entre la población de personajes ricos y poderosos.



**Incineración en urna del túmulo B de Setefilla**

En la necrópolis de La Joya (Huelva) destaca la variedad de ritos (inhumación e incineración) y de tipologías funerarias (cámaras, fosas, hoyos) sin que existan dos enterramientos iguales. Los ajuares más ricos se dan tanto en las tumbas de inhumación como en las de incineración. Entre las primeras destaca la nº 17, con dos ánforas de saco, dos platos de engobe rojo, tres platos de cerámica gris, quince cuencos a mano y un soporte, un jarro, un brasero, un quemaperfume, un espejo, un broche de cinturón y dos soportes de bronce, dos cuchillos de hierro, así como piezas de un carro de parada y bocados de caballo. Entre las segundas, la nº 18, que contenía dos platos de engobe rojo, dos ánforas de saco, cuatro copas de paredes finas y cuencos y grandes vasos a mano, así como placas de bronce caladas, un jarro y un brasero de bronce, restos de un probable escudo, un colgante de oro, un cuchillo de hierro y un huevo de avestruz. También destacan algunas inhumaciones en posición “violenta”, con el cráneo fracturado y con escaso o ningún ajuar. Algunas tumbas contenían escorias metálicas como elementos de ajuar y una descansaba sobre un suelo artificial de arena de playa.

En aquellos casos en que, como en Acebuchal o Cañada de Ruiz Sánchez, el túmulo contenía únicamente el enterramiento “principesco” podemos sospechar una separación inicial de los miembros de las incipientes elites de sus respectivos grupos de parentesco. El cualquier caso el proceso no debió de ser homogéneo, como revela la persistencia de incineraciones en algunos de los enterramientos más suntuosos, como ocurre también en Cañada de Ruiz Sánchez, Cástulo o La Joya.

En esta última necrópolis el proceso de acumulación de riqueza parece haber sido más rápido y distinto que en Setefilla, afectando a un mayor número de personas. El caos tipológico y funerario sugiere una pronta disolución de los vínculos de parentesco y, al mismo tiempo, una ausencia de definición nítida de prestigio propia de un proceso rápido de acumulación de riqueza. Las personas enterradas en las

tumbas “principescas” ostentan una posición social de privilegio que no tiene tanto que ver con el lugar que ocupan en sus linajes cuanto con la riqueza que les proporciona la relación en el ámbito colonial con los fenicios.

Las cerámicas locales comienzan a fabricarse a torno en este periodo y también se imitan formas y modelos característicos del repertorio de las cerámicas fenicias. Sin embargo esta imitación no es generalizada. Se copian sobre todo los cuencos, vasos y ollas, vajilla de mesa y de cocina, mientras se ignoran aquellas otras piezas, como los pequeños recipientes de ungüentos y perfumes, propias de un uso más especializado. Parece que también se llegaron a fabricar localmente algunos objetos típicos del repertorio "orientalizante", como los jarros o los timaterios de bronce, joyas y algunos objetos de marfil, si bien los arqueólogos mantienen dudas, por lo que la polémica subsiste, sobre si fueron realizados por artistas y artesanos tartésicos que habían aprendido las técnicas y se inspiraban en los modelos orientales, o por fenicios que vivían en las colonias de la costa e, incluso, entre la misma población de Tartessos. Por otra parte, la iconografía orientalizante de las cerámicas policromas de Montemolín es considerada propia de individuos orientales que, pese a su ascendencia foránea, llevan viviendo largo tiempo en la Península. Quizá, incluso, se trate de una segunda generación, nacida ya en Occidente, pero que no tienen relación necesaria con los habitantes de las colonias y asentamientos costeros, ni del propio Gadir.

De entre los descubrimientos más espectaculares pertenecientes a este periodo figuran dos importantes tesoros orientalizantes, muy diferentes en contenido y estilo a los del Bronce Final. El primero de ellos fue descubierto a comienzos de los años veinte en la Aliseda (Cáceres), pero hasta hace pocos años no ha sido objeto de una valoración adecuada. Se trata de joyas femeninas de oro -anillos, brazaletes, pendientes, collar, diadema y cinturón- de complicada manufactura fenicia realizada en la Península o importadas de Oriente, como la botella de vidrio que, con un cuenco de oro, un par de vasos y una fuente de plata y un espejo de bronce, completaban el hallazgo, relacionado con una tumba de cámara cubierta por un túmulo. Estas joyas orientalizantes son ligeras e intrincadas y están realizadas en pequeñas láminas con técnicas como el granulado, la filigrana y las soldaduras de oro. Tesoros más pequeños de este tipo se han encontrado en Cortijo de Évora (Cádiz), Serradilla (Cáceres) y Baiao (Portugal). El tesoro del Carambolo (Sevilla), el segundo en importancia de esta época, contenía por el contrario piezas de oro más pesadas, propias de un personaje masculino, -pectorales, brazaletes, diadema, cinturón y collar- y fue hallado oculto en un fondo de cabaña en una colina, cerca de los vestigios de un poblado, cuya excavación, dada la envergadura del



Tesoro de la Aliseda

descubrimiento, defraudó sin embargo las expectativas iniciales. Ningún gran centro tartésico fue descubierto allí, como al principio se esperaba, sino tan solo un asentamiento similar a otros tantos conocidos y sin diferencias notables. Por otra parte, se ha especulado con la posible existencia de un santuario de Astarté en el Carambolo a raíz del hallazgo de la famosa estatuilla de la diosa con inscripción fenicia, lo que podría ser un indicio de la presencia de una comunidad estable de fenicios en el lugar. Conviene recordar que el Carambolo se llama así por ser uno de los promontorios más elevados de la cornisa oriental del Aljarafe, y desde luego el más cercano a Sevilla de dicho otero, en línea recta hacia poniente. Si esta última localidad es una fundación fenicia, como quiere la leyenda y sugiere el propio topónimo *Spal*, no debería extrañar la presencia de un santuario oriental en sus inmediaciones.



Tesoro de "El Carambolo"

Hacia mediados del siglo VI a.C., o más concretamente entre el 575 y el 540 se produce la llegada a la zona de Huelva de cerámicas de importación de origen griego oriental, en especial copas jonias así como aríbalos y píxides que contenían perfumes, y otros vasos más elaborados entre los que destacan un par de fragmentos atribuidos al taller de Clitias. Ya antes habían aparecido algunas piezas de origen rodio, samio o eolio. No faltan ahora las ánforas procedentes de Quíos, Corinto, Samos, o la misma Atenas, contenedores seguramente de aceites y vinos de calidad. Todas estas piezas griegas, con un total de unos dos mil fragmentos hallados, apenas suponen, sin embargo, un 3% del conjunto de la cerámica encontrada, tanto importada como de fábrica local, por lo que su presencia sugiere un comercio griego restringido a grupos y sectores sociales muy específicos y reducidos, y confirma las noticias de Herodoto a tal respecto.

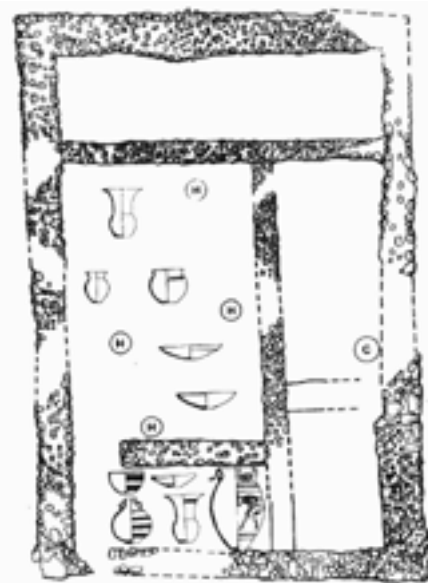
### **Aproximación al desarrollo histórico de Tartessos.**

Cuando intentamos interpretar toda esta documentación y las noticias transmitidas por los textos desde la Antigüedad, surgen algunos problemas de difícil solución. Carecemos de una secuencia mínimamente fiable de acontecimientos, los protagonistas permanecen, por lo demás y en la mayoría de los casos, anónimos, y una aproximación desde la historia social sólo puede realizarse a grandes rasgos y con el soporte casi exclusivo de los datos obtenidos por la investigación arqueológica, lo que dejará inevitablemente alguna de nuestras preguntas sin contestar.

Si Tartessos, además de un emporio frecuentado por los fenicios y los griegos fue

una ciudad, como leemos en los textos antiguos, situada más allá de las Columnas de Heracles, todos los datos parecen indicar a Huelva, en el estuario del Tinto-Odiel, como la candidata más idónea, no sólo por la potencia de su orientalizante, como se percibe en la necrópolis de La Joya, y el tamaño que llegó a alcanzar la ciudad, sino porque el paisaje circundante coincide notablemente con el descrito en tales textos. Ello nos lleva a plantear la cuestión de la formación de las ciudades tartésicas, en Huelva y otros lugares, así como el papel que la presencia colonial -fenicia y en menor medida griega- detectada jugó en aquel proceso.

Durante bastante tiempo se ha considerado a Tartessos el resultado de la llegada a nuestras costas de pueblos mediterráneos. Schulten ya pensaba en unos orígenes debidos a gentes relacionadas con los "Pueblos del Mar", hipótesis que, de forma matizada, ha sido reivindicada en los últimos años por algunos investigadores. Desde los descubrimientos, iniciados a mediados de los años sesenta, de los asentamientos fenicios en el litoral mediterráneo, se ha impuesto, sin embargo, la idea de un protagonismo fenicio. Se concibe Tartessos como resultado de los cambios culturales y sociales provocados por la presencia de los colonizadores y comerciantes fenicios. Pese a ser la más extendida, esta explicación no deja de tener sus puntos débiles. Otorga a las gentes del sur peninsular un papel meramente pasivo en la conformación del mundo tartésico, pero éste no es su principal defecto. Asume, sin más, que el comercio es el causante de las transformaciones culturales y sociales observadas durante el "orientalizante", lo que no está en modo alguno probado, y da a éstas un alcance y una intensidad que no se corresponde muchas veces con los resultados de la propia investigación arqueológica sobre la que pretende apoyarse. Ciertamente se produjeron cambios en Tartessos durante los siglos VIII, VII y VI a. C, pero parece que afectaron, sobre todo, a la forma de vivir de pequeños grupos sociales que son los mismos en los que se concentró la riqueza



**Planta del edificio D de Montemolín**

Las poblaciones que habitaban el sur de la Península durante el final de la Edad del Bronce practicaban una economía básicamente ganadera, en la que la agricultura parecía ocupar un papel secundario, y estaban organizadas en grupos familiares que a su vez se articulaban en grupos de parentesco más amplio, como linajes y clanes. Podemos estar bastante seguros de esto a partir de lo observado en sitios como Las Cumbres. Se trataba de una sociedad de la que sus vestigios arqueológicos no permiten atisbar importantes diferencias sociales ni una especialización acusada en actividades de gobierno o de tipo económico. La metalurgia del bronce, del oro y de la plata producía exclusivamente objetos ornamentales y armas. Los utensilios y herramientas corrientes se fabricaban de piedra, hueso o madera. Las cerámicas, algunas de gran calidad, estaban hechas a mano, y los poblados en los que se detecta la existencia del trabajo metalúrgico tenían un carácter estacional que permitía compaginarlo con el cuidado del ganado y el trabajo de la tierra. Se trata, en definitiva, de una sociedad ganadera propia de la Edad del Bronce, similar a las que en otros lugares de Europa y el Mediterráneo precedieron la formación de civilizaciones más complejas.

Desde principios del siglo VIII a. C -aunque algunos datos sugieren más bien mediados del siglo IX- la presencia de los fenicios en la costa comenzó a manifestarse también entre las poblaciones tartésicas. Mediante el intercambio de regalos y la sacralidad proporcionada por el templo de Melkart en Gadir, que había sido fundada



**Jarro de bronce tartésico**

un poco antes, los mercaderes y colonos fenicios se granjearon la confianza de los dirigentes locales. El carácter pacífico de la presencia fenicia ayudó mucho en este sentido. La coexistencia y la amistad entre ambos grupos culturales, que se observa en la presencia de fenicios en Huelva, como los que construyeron el muro de refuerzo del Cabezo de San Pedro, o en las tumbas fenicias de la necrópolis de Las Cumbres, se nutrieron de pactos y alianzas que se sellaban, como era la costumbre, con matrimonios mixtos. El prestigio que tales uniones proporcionaba a los dirigentes locales comenzó a encumbrarles. Además, a cambio de moderadas cantidades de plata y cobre, conseguían toda una serie de objetos exóticos, que figuran representados en las estelas, lo que les permitía una ostentación propia de un rango superior al de los restantes miembros de su comunidad. Estos bienes de prestigio, muy valiosos y escasos, eran utilizados para la concertación de nuevas uniones y alianzas, con las que se asentaba una jerarquía y una posición social emergentes. De esta manera se fueron consolidando unas élites incipientes que se hallaban muy interesadas en mantener relaciones cordiales con los fenicios.

Superada esta etapa inicial de los contactos, los fenicios, por su buena acogida entre las gentes de Tartessos, se hallaban en condiciones de incrementar la demanda de los metales -plata, oro, cobre- que les interesaban, proporcionando a cambio un mayor número de mercancías, unas traídas directamente desde Oriente, otras producidas en sus factorías del litoral. La perspectiva debió satisfacer sin duda a las elites tartésicas que se toparon, sin embargo, con algunos problemas técnicos y de movilización de fuerza de trabajo. Las pegas de tipo técnico, que no eran las más importantes, fueron resueltas gracias a alguna aportación por parte de los fenicios, aunque limitada, ya que se procuraba siempre excavar los filones más superficiales. El método empleado para la obtención de la plata por medio de fusión y copelación, que requería temperaturas de 1000-1200 grados, era sumamente complejo y sugiere también influencias fenicias, aunque no están comprobadas. La movilización de la gente necesaria para trabajar en las minas y en la metalurgia fue resuelta por las elites tartésicas, en parte utilizando gentes desplazadas procedentes de la Meseta, cuyas peculiares cerámicas encontramos en sitios como Cerro Salomón, en las minas de Río Tinto, y en parte recurriendo a la población local.

No sabemos que procedimientos se usaron. Algún investigador ha sugerido recientemente que la presencia de gentes de la Meseta en Tartessos no debe entenderse sólo como trabajadores de la minas, sino también, y sobre todo, como grupos armados que fueron empleados para defender las zonas mineras y los centros metalúrgicos de la codicia de gentes de otras regiones. Algunos de estos grupos, utilizados tal vez para obligar a trabajar como mineros a parte de la población local, podían haber escalado una posición social preeminente, imponiéndose por la fuerza. De hecho el nombre de Argantonio parece indoeuropeo, pero este es un indicio poco fiable, pues se trata más de un apelativo dado por los griegos a un gobernante del lugar que de un nombre

propio. Dos cosas parecen ciertas, la índole familiar del trabajo realizado en centros minero-metalúrgicos como Cerro Salomón, y el carácter poco guerrero de las gentes de Tartessos, como se deduce de la ausencia de armas en las tumbas y los poblados.

La población local necesaria para trabajar en las minas pudo haber sido movilizada, sin recurrir necesariamente a la coerción o a la violencia, mediante presión social. En una sociedad, como aquella, en la que el parentesco constituía aún el principal elemento en torno al que giraban las relaciones entre individuos, deber un favor o haber recibido una esposa situaba a las personas en una posición de obligación, que se incrementaba si el "acreedor" pertenecía a un grupo social distinguido. Un procedimiento tan sencillo como éste pudo bastar, junto a la expectativa de conseguir alguno de los artículos que proporcionaban los fenicios, para que parte de la población trabajara en las minas y en la metalurgia, aprovechando la facilidad de las poblaciones ganaderas para disponer de gente que no cuida de los rebaños durante una parte del año. De este modo las elites incipientes consiguieron apropiarse, en forma del trabajo realizado en las minas, de una parte del excedente y convertirlo en riqueza.

Esta es precisamente la imagen que describe Herodoto cuando afirma que Argantonio gobernó "a la manera de un tirano" en Tartessos, lo que para un griego de su época sólo podía significar una cosa: un poder que se obtiene a partir de la riqueza proporcionada por el comercio, como sucedía con los tiranos griegos. De acuerdo con esta interpretación, la "realeza" que representa Argantonio no es tal, al menos en el sentido tradicional de las monarquías mediterráneas, ya que la legitimación de su poder no reside en su sacralidad, ni en la transmisión dinástica, aunque es posible que una estirpe con ese nombre haya existido en Tartessos. El poder de estos "reyes" provenía de su riqueza, la misma que observamos en las tumbas principescas de La Joya y otros lugares, y los intentos de una legitimación religiosa parecen haber sido posteriores y un tanto periféricos, como sugiere la presencia del monumento funerario de Pozo Moro (Albacete). Que se trataba de un poder que se encontraba en sus fase de formación parece poder deducirse de la presencia de gentes que han sido enterradas en las necrópolis tartésicas después de haber sufrido una muerte violenta, tal vez sacrificados a la manera de los sirvientes de los jefes escitas -enterrados también con una profusión de riquezas bajo túmulos principescos- o de los cortesanos de los reyes de Ur y de algunos de los primeros faraones egipcios, según una práctica que permite estabilizar el poder en las sociedades arcaicas, ya que nadie matará al dirigente si su destino es acompañarle en la tumba.



**Fragmento de cerámica pintada orientalizante**

Poco más sabemos sobre estas élites tartésicas y sus reyes. La transmisión hereditaria de su autoridad parece reposar en algunos indicios, como son la interpretación de la longevidad de Argantonio en términos de una familia de dinastas, o el enterramiento de la Tumba de la Casa del Carpio (Belvís de la Jara, Toledo) en el que una mujer joven y un niño, presumiblemente su hijo, fueron sepultados con un ajuar orientalizante de cierta riqueza. Ya que los arqueólogos consideran una tumba infantil rica como el signo de que una posición social

preeminente que se trasmite por herencia, nos permite pensar en la existencia de grupos de carácter aristocrático. Si esto ocurría en la periferia de Tartessos en un momento tardío es posible sospechar, aunque no haya prueba alguna al respecto, una situación similar y anterior en el Bajo Guadalquivir y Huelva. Parece que se produjo un aumento de la población o una reorganización de la misma, que se concentró en los centros más grandes, adquiriendo algunas características casi urbanas, mientras que se colonizaban nuevas tierras agrícolas. La mayor parte de las herramientas siguió fabricándose, sin embargo, en los materiales tradicionales: piedra, hueso y madera.



Tesoro del Cortijo de Evora

El estilo de vida de aquellas elites tartésicas, caracterizado por la ostentación de la parafernalia orientalizante -joyas, vestidos, perfumes- y la acumulación de la riqueza proporcionada por el comercio, se difundió por todo el sur peninsular, junto con algunos elementos más comunes de la cultura material, como las técnicas de construcción de viviendas y las cerámicas, alcanzado incluso las costas de Levante. No parece, sin embargo, a la vista de los resultados arqueológicos, que haya existido un gran reino tartésico que controlara bajo una dirección política única todos estos territorios. Más bien habría que pensar en una expansión económica, en la que los propios fenicios estarían involucrados, con el objetivo de ampliar el horizonte de las transacciones comerciales, haciendo intervenir cada vez a un mayor número de participantes,

estrategia muy típica del comercio desarrollado en aquellas condiciones. De este modo se explicaría la presencia de influencias tartésicas y "orientalizantes" en Extremadura (Cancho Roano, Medellín, etc) y, más al norte, en la zona del Tajo, como en la mencionada Tumba de la Casa del Carpio o en Arroyo Manzanas (Las Herencias, Toledo), influencias que llegan hasta Levante, donde están presentes en sitios como los Saladares (Orihuela, Alicante), Vinarragel (Castellón de la Plana), y en la Peña Negra (Crevillente, Alicante), tal vez la antigua Herna, donde confluyen con la presencia en el lugar de artesanos fenicios y la cercana colonia fenicia de Guardamar, junto a la desembocadura del Segura.

El carácter pacífico de la colonización y de la presencia fenicia en Tartessos (Huelva, Tejada, Carmona, etc) tenía, no obstante, su reverso. Se trataba, en esencia, de un intercambio desigual, por el que los fenicios obtenían grandes cantidades de metales a cambio de un volumen relativamente modesto de manufacturas. Tal tipo de intercambio encubría una sobre-explotación del trabajo, generada por la transferencia de riqueza entre sectores económicos, el fenicio colonial y el tartésico, que funcionaban sobre la base de relaciones de producción diferentes. El modo de producción de las comunidades tartésicas, simple y poco especializado, quedó dominado por el modo de producción, complejo y especializado, de los colonizadores y comerciantes fenicios, y sometido a un proceso de transformación en el que, por una parte los fenicios estaban interesados en conservarlo tal cual, a fin de utilizarlo para satisfacer su demanda de metales, ya que los fenicios no trabajan ellos mismos en las

minas, pero por otra terminaron modificándolo, ya que le privaron, por medio del comercio y la explotación del trabajo minero, de los medios que tradicionalmente aseguraban su continuidad, al alterar sus estructuras económicas y sociales.

El final de Tartessos, que fue concebido en su momento como una destrucción violenta a mano de sus más poderosos adversarios, los cartagineses, se contempla hoy, a falta de otras pruebas arqueológicas, como un fenómeno básicamente interno, caracterizado por la reducción del habitat, como se observa en la misma Huelva y en otros lugares, el abandono o el decrecimiento del trabajo en las minas, consecuencia quizá del agotamiento de los filones más superficiales, y la desaparición de las manifestaciones del lujo orientalizante. Tartessos sucumbió víctima de un crisis compleja que afectó, sobre todo, a las elites sociales, y que fue provocada en gran medida por la excesiva dependencia de su economía del sector minero-metalúrgico, que dependía a su vez, económica y tecnológicamente, de la presencia colonial fenicia. Desde entonces, siglo V a. C., su recuerdo se fue borrando hasta quedar finalmente convertido en leyenda.

## BIBLIOGRAFIA

- ALVAR, J. Y BLÁZQUEZ, J. M. (eds) *Los enigmas de Tarteso*, Madrid, 1993 (Cátedra)
- AUBET, M<sup>a</sup> E. (coord.) *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, 1988 (AUSA)
- AUBET, M<sup>a</sup> E., "La aristocracia tartésica durante el periodo orientalizante", *Opus*, 3, 1984, pp. 445-468.
- BLÁZQUEZ, J.M. *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, Madrid, 1992 (Cátedra)
- BELÉN, M. Y ESCACENA, J. L., "Las comunidades prerromanas de Andalucía occidental": *Paleoetnología de la Península Ibérica (Complutum, 2-3)*, Madrid, 1992, pp. 65-87.
- FERNANDEZ-MIRANDA, M., "Les Phéniciens en Occident et la réalité tartessique": *I Fenici: ieri oggi domani*, Roma, 1995, pp. 395-407.
- GARRIDO, J. P., "Presencia fenicia en el área atlántica andaluza: la necrópolis orientalizante de La Joya": *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Vol. 3, Roma, 1983, pp. 857-863.
- HARRISON, R. J. *España en los albores de la historia*, Madrid, 1989 (Nerea)
- MALUQUER, J. M., *La civilización de Tartessos*, Granada, 1985 (EAU)
- PELLICER, M., "Yacimientos orientalizantes del Bajo Guadalquivir": *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, vol. 3, Roma, 1983, pp. 825-836.
- PLÁCIDO, D., ALVAR, J Y WAGNER, C. G., *La formación de los Estados en el Mediterráneo Occidental*, Madrid, 1991 (Crítica)
- RUIZ MATA, D., "Tartessos": *Historia de España* (A. Domínguez Ortiz, dir.) vol. 1: *De la Prehistoria a la conquista romana*, Barcelona, 1990, pp. 379-429.
- VV AA, *Tartessos*, *Revista de Arqueología*, ext. n<sup>o</sup> 1, 1980
- VV AA, *La cultura tartésica en Extremadura*, Mérida, 1991
- WAGNER, C. G., "Aproximación al proceso histórico de Tartessos": *Archivo Español de Arqueología*, 56, 1983, pp. 3-36.
- WAGNER, C. G., "Tartessos y las tradiciones literarias": *Rivista di Studi Fenici*, XIV, 2, 1986, pp. 201-228.
- WAGNER, C. G., "Fenicios y autóctonos en Tartessos": *Trabajos de Prehistoria*, 52, 1, 1995, pp. 109-126.